

Federico
Campbell

EL SOL DE
LA INFANCIA

Sale de la casa.

Trata de recorrer la noche, de poner en claro de una vez para siempre si el sendero inmediato no es el mismo que apareció de pronto bajo la ventana abierta, entre los matorrales y el aguacate. Camina y deja atrás el caserío de adobe mientras el mundo duerme. Se echa encima el viejo, gastado abrigo militar sin meter los brazos en las mangas; se frota la nariz puntiaguda y pasa repetidas veces la manos sobre la calva. Quiere cerciorarse de que lo que pareció sobrevenir en los momentos que anteceden al sueño tiene en verdad algo que ver con los árboles y el lugar donde la niña, Milly, se oculta. Se mira a sí mismo, se reconoce vestido y acepta que bajo las sábanas —hace escasos segundos, minutos— se ha desprovisto de todo ropaje y sólo se empeña en corroborar el dato sugerido en el fondo negro, infinito de los párpados cerrados y la nuca hundida en la almohada; el presentimiento revelado en ese instante en que todo control se escapa suave, dulcemente, hacia la oscuridad. Quiere cotejarlo y guardárselo para no compartirlo con nadie, en la medida en que la sensación de jugar con cada una de sus visiones al empezar a dormirse signifique la repetición incesante de su íntima, desvanescente historia, el mismo relato de su vida desde el principio; súbito recuento de todas las cosas que creyó vivir o vivió desde niño y que ahora parecen concentrarse en una imagen borrosa: la de Milly perdediza en la huerta, el pantano o el pirul del río.

En estos momentos camina, el olor a encierro del cuarto debajo del abrigo. Pasea turbado al adentrarse en los árboles. Penetra en la huerta contemplada durante tantos años desde la azotea, desde los dieciocho, veintinueve años que habitó los tejados, los tendedores del enorme techo de la casona.

Según el veredicto familiar, no había más remedio: allí debía pasar el resto de sus días. En alguna parte de su memoria, una abuela concreta e inolvidable ponía en juego la opinión de que el joven siempre había tenido una conducta un tanto extraña: engusanado en la cama, enconchado bajo las cobijas malolientes, la puerta con llave, sin la más remota intención de levantarse.

Alto, delgado, los dientes amarillos, se sentaba en cuclillas sobre la silla que rodeaba de ceniza al fumar y tomar el sol en la azotea. Silbaba al encaminarse hacia el excusado de madera del jardín, y para esta excursión se encasquetaba su inconfundible sombrero de ala tejana. Gesticulante, hablaba solo por las calles, hacía señas con la mano extendida como quien bebe una cerveza. A las muchachas de su edad les dedicaba gestos obscenos. De vez en cuando, en la noche, sus pláticas con Milly:

—¿Qué me cuentas, Milly? ¿Qué me traes ahora?— le preguntaba sin decir más.

Esto sucedía generalmente a la hora en que iban desapareciendo las luces y la mitad del mundo, por lo menos, empezaba

a dormirse. Milly podía escabullirse hasta él y llorar en sus hombros muerta de miedo, muda después de silenciosas huidas de casa. Un momento después se miraban uno al otro. Si sobrevenían nuevos silencios, eran los que repentinamente aparecían en la conversación de Alejandro; una especie de falla de memoria, o un alto ante alguna cosa más digna de recordar callado que de comentar. Citas frecuentes éstas precedidas de una Milly agitada y ágil que podía escabullirse desde el cercano caserío hasta él y posarse en sus hombros llena de miedo, para después olvidarse del mundo y oírlo a él, a Alejandro, y hacerle preguntas, y darle recados; quejarse con él y abrazarse para después olvidarse del mundo y oírlo, hacerle preguntas, bajar corriendo las escaleras y después olvidar sus respuestas. Volver otro día, otra noche, y repetirle las mismas y otras preguntas, Milly, Milly siempre, Milly hablando como si tuviera tos.

Sin cambiar el ritmo de sus pasos, dentro ya de la huerta, Alejandro oye la puerta rechinante de su cuarto en la azotea; ve la entrada de par en par, el interior del cuarto limpiándose con el aire. Alza el rostro para atisbar a lo lejos. Ve las lomas entrecruzadas, el cerro más alto, la luna que marca el margen del pantano. Reinicia la marcha.

Verificar. Indagar cuándo llegará el momento de tenerlo todo claro y perder tranquilamente la curiosidad por desentrañarlo.

Sin calcular demasiado los pasos, gozando el gusto por retener los pies sumergidos un poco en la arena, de pronto se cree tendido de nuevo en la cama, enrollado, dando vueltas bajo las sábanas, destapándose sofocado, intentando otras posiciones para lograr quedarse absolutamente tranquilo. Siente venir la idea de encender un cigarro y en ese estado de indecisión sobrevienen los dichos y las voces de aquel día en que aparece el médico y le dice al oído:

—Estás en la etapa flemática.

—¿Qué es eso?

—Tienes hongos en la cabeza.

—¿Y?

A partir de entonces conoce las alturas trepándose a los árboles con el ánimo de ocultar las costras que lo tienen impedido, o reclusándose solo, aislado, en el cuarto de la azotea. Desde allá arriba Alejandro puede ver los charcos que colindan con el cerro, el vapor de las locomotoras antiguas contra la falda de las lomas, el pantano y el pirul del río. De la noche a la mañana improvisa el castillo blanco circundado por la oscuridad. Se trata para él del sitio más seguro, el único protector de sus llantos y, por una providencial casualidad del terreno, del lugar que domina todos los puntos, adonde nadie levanta la vista: su observatorio organizado hacia los cuatro puntos cardinales, como una fortaleza.

De niño, varias veces lo recoge su madre sofocado debajo de la enredadera; otras, ensaya con un paraguas el salto más audaz desde la azotea hasta un montón de arena aparentemente cercano. A partir de su reclusión se diluye todo contacto con el mundo. Le basta que Milly aparezca arriba de la escalera para poner en marcha nuevamente sus mejores gestos, sus palabras más espontáneas y hablarle de todas las cosas que se ven abajo y de cómo cambian de aspecto durante la noche.

Durante aquel tiempo siente que se le van perdiendo los días. Las tardes se le vuelven más cortas. De vez en cuando la gente atraviesa el camino y se confunde entre los arbustos. Nadie se sabe visto, caminan solitariamente y a veces los señores hablan a solas. Se mueven envueltos en sus batas grises, diminutos y distantes; se detienen a pulirse las uñas de los pies. Ningún ser en toda la pequeña región puede aislarse de los ruidos de la carretera ni de las impúdicas miradas de las avionetas. Podría ser cualquier cosa: una posada de descanso habitada por niños asmáticos, pero predomina la noche disuelta en tonos diversos frente a la perspectiva de los ojos de Alejandro que circulan continuamente en todas direcciones. La noche cae de golpe o los grillos silban entre los matorrales. Los días corren más rápido y los atardeceres se vuelven azules cuando Milly viene bajando la loma o desaparece días enteros.

Por muy prolongadas que sean las ausencias de Milly, siempre espera verla de nuevo allí arriba. Quiere verla solamente. Milly moviéndose, la cabeza meciendo su cuerpo, riéndose por las pequeñas sorpresas que le trae. Todavía puede distinguirla por el callejón de la basura, sus zapatos blancos inconfundibles, su tambaleo de hombros y trenzas tan alocado. Es ella corriendo. Son los mismos gestos con que a la hora de la siesta subió por un instante a la azotea y le dijo:

—Vamos a jugar al pantano, ¿no?

Se trataba de cruzarlo a gatas, salvando las ramas colgantes de los árboles y las partes peligrosas. Se entusiasmó terriblemente, gozó la idea y repitió las palabras de Milly. Más allá de los charcos había una cabaña redonda, decía Milly, y una señora se pasaba la tarde cocinando en una estufa de leña. Había mucho humo; la casa de lámina se volvía más negra con las llamaradas. Varias mujeres se paseaban vestidas con joyas y plumajes, y un señor podaba con un hacha los naranjos.

A partir de la sentencia del médico que se presenta un día y le practica las primeras y últimas curas en el cráneo, Alejandro resuelve no volver a bajar más de la azotea. Nada tiene que hacer junto a los charcos. Reaparece la voz de su madre contándole a los vecinos que padece mareos. Los comentarios de las gentes se entremezclan con los gritos de su tío, gritos de aliento que le hacían saber que qué bueno era para subirse a los árboles. ¿Y hace cuántos años? ¿Veintinueve? ¿En qué

momento Milly le informa que en su casa se las han ingeniado para deshacerse de él? Así transcurren varios años; la niña se vuelve mujer y deja de jugar por los alrededores. Muy espaciadamente, cada vez menos, Milly se asoma por el terraplén que esconde las casas; lo saluda risueña alzando la mano. Alejandro nota que Milly, al acercarse, al alejarse, masculla entre dientes aquella voz que él siente resonar en un paseo lejano. Las palabras, los sonidos, cobran presencia: Volveremos a los charcos y jugaremos a lo que más nos guste de los cuentos. Nos bañaremos en el agua tibia, sin nada, tendremos frío y secaremos uno el cuerpo del otro. Nos moriremos de risa. Nos despeinaremos, nos cortaremos el pelo.

Y aún ahora, ahora y siempre, la sigue viendo irse por el callejón, los zapatos blancos, las medias del mismo color, el ligero tambaleo de hombros y trenzas. Sólo por ahí ha creído verla de vez en cuando.

Deambula en la azotea, se toca con los tendedores harapientos las partes amarillas, gelatinosas, que brotan de su calva. Quiere escudriñar bajo cada uno de los lados de la casona la huella de algún caminante, de Milly; quiere dormir y no pensar en ella, hablarle y decirle que debe venir más seguido, que no está bien dejarlo solo.

Sale de la casa.

Trata de recorrer la noche, de poner en claro de una vez para siempre si el sendero aquel no es el mismo que emergió de pronto bajo la ventana abierta, entre los matorrales y el aguacate. Deja atrás el caserío mientras todos duermen. Se echa el desteñido abrigo de militar sobre los hombros sin meter los brazos en las mangas, pasa cuidadosamente la mano sobre la cabeza. Quiere cerciorarse de si el hecho apenas insinuado en el sueño interrumpido es el mismo relato de otros años vivos por él en el mismo lugar de la huerta.

Se adentra titubeante en la arboleda. El abrigo, capa abombada por el viento, parece integrarlo al tronco en el que se sienta a fumar. Se abrocha la vieja capa verde olivo, soba los botones y contempla las iniciales de su padre bajo el reflejo lunar. Las letras de latón revelan claramente las iniciales de su padre, a quien sitúan impreso en su memoria durante los días en que el niño aprende a leer. Por unos momentos olvida su búsqueda de Milly. Tiene la sensación de que su padre pasa nuevamente frente a él, por el mismo sendero del barranco, como un aparecido. Se le abren más los ojos, con una alegría callada, un poco contenida, inútil e inexpresable para aquel viejo que un día desapareció rumbo a los cerros.

Antes de que su padre se perdiera por la bajada, lo había visto clavando con un martillo números de lámina sobre la fachada

3 cuentos

de la casa. El viejo liquidaba sumiso cualquier desarreglo y luego se iba cuesta abajo con pasos apurados, con su chamarra gris de cuello de peluche que nunca se ponía entre semana. Marineros y taxis rodeaban la casa de las colinas en las afueras de Tijuana. Y era el rumbo de aquella bajada hacia donde su padre enfilaba al anochecer. La noche en que partió su padre, él se sentó en el suelo. Desde el filo de la banqueta donde se sentó vio la barda pintada de amarillo y blanco, los tabiques alineados que formaban las rejas, y divisó entre ellas los yerbajos dispersos en el patio, el olivo polvoso y las aceitunas negras y pisoteadas en el suelo.

Cierto que su padre se pierde de vista. Cierta que de niño, Alejandro siempre ansió enfilarse hacia los alledaños prohibidos de la ciudad. Pero ahora se mantiene inmóvil sobre el tronco, a solas con el olvido y la tentación de vagar por los mismos lugares donde hacía muchos años había tratado de seguir a su padre. En aquel tiempo había traspasado el patio donde jugaba con Milly, y ahora, otra vez, no se ve a Milly por ninguna parte.

Apoyado en el tronco, fumando, los brazos cruzados sobre la pechera abotonada, mira las lomas y la casa de lámina. El tren carguero se desliza y la composición de las colinas lo engulle. El último vagón sigue a los demás carros hasta que el reflector se hunde en la distancia. Se va caminando hacia el barranco, y se sabe más seguro, más tranquilo, cuando se vuelve y comprueba que nadie puede verlo a estas horas. Abajo mira el pirul caído en el río seco, la cuenca donde terminaban sus caminatas de otros días. Toma la vereda que bordea el pantano; allá en las colinas se ve la casa de lámina con los dos viejos, los enanos que roban los trenes cargueros directos a San Diego, California. El camino de polvo amarillento aproxima la casa de lámina sobrepuesta al final de la loma destajada, abierta, entretejida por las obras de concreto armado. El tren aparece por la curva del puente, por el lado derecho, y la casa negruzca, la única que hubiera quedado de un incendio, está a la izquierda. La locomotora chata anaranjada se deja venir muy fuerte, rugiendo. Cuando vino con Milly, nunca pudieron presenciar el desastre: la casa de lámina absorbía la máquina y adentro los enanos la iban recibiendo; otros más fuertes la reducían a martillazos y las mujeres cumplían la tarea de acomodar los carros sobrantes en las repisas del techo; en una tina de madera quedaban encarcelados los maquinistas y la familia de enanos la cubría con tela de alambre.

Al cerro. Sigue el avance levantando ramas, arrojando piedras contra los terrones resquebrajados en las orillas del río. Luego la casa más cerca, y las lomas, y los botes de aceite. Más adelante la casa se ve más grande; el techo también es de lámina y brilla; en la arena centellean unos puntitos de mica. Lanza una piedra y después del rebote no responde nadie. Adentro se esconden fragmentos de fierro y en la pared, en el lugar de la estufa, se levanta una mancha de madera

quemada, como el suelo ennegrecido por el aceite y la tierra a la sombra. Al oscurecer totalmente recuerda a Milly, se siente solo y ya no tiene miedo como cuando de noche salía al excusado en el traspatio de su casa. No puede deshacerse del presentimiento de que Milly se oculta en alguna parte, pero, con todo y eso, sin poder borrar la imagen de ella que simplemente estaría durmiendo en su casa, se siente a gusto. Nadie lo ha llevado allí a fuerzas ni nadie lo ha visto entrar. Cruza los brazos y siente su cuerpo caliente, toca una a una sus costillas, sus caderas, y en uno de los rincones se echa a dormir. No se da cuenta del frío ni de las paredes, ni de las láminas vibrando. Nadie lo espía, nadie ni Milly, y se queda largo rato en lo que piensa o no piensa de su cuerpo. Entonces le da frío, se regocija con la puerta cerrada y la hora en que sabe que ya no pasará ningún tren. Más tarde sale; recorre la vía de regreso; vuelve la vista hacia la curva del puente; ningún ruido; no aparece ningún reflector. Equilibrándose, camina varios metros sin resbalar sobre la cinta de fierro. Alza los brazos como alas. En ese momento empieza a olvidar a Milly y cuando ya la noche es para él una amiga, cuando ha logrado aclararse que el temor y las ganas de verla son cuentos de fantasmas, ve que los enanos en forma de viejos encorvados yacen sobre los rieles. Allí quedan desollados, fijos a la tierra mojada. Cuatro trozos de viejos y enanos reposan sobre los durmientes.

La huerta entre los senderos, el barranco y la casona, envuelve otra vez a Alejandro y él deja de contemplar la noche. Se mueve rumbo a cualquier parte. Ha reencontrado la vereda del pantano. Ha bajado. Se ha visto tocar con la planta de los pies la orilla que apenas deja a flote las hierbas. Se inicia en los primeros pasos sobre el agua plana. Mira a un costado y una mujer descansa sobre el agua, trata de nadar. Otra más ancha, más suelta, se desviste. Parecen ahogarse con sus alhajas y sus gritos, flotantes, mudas. Advierte a Milly sentada sobre el agua. Salva los últimos escollos y sus pies pueden librarse del fango; se apoya en tierra firme; de pronto ve a Milly reclinada sobre el pasto, las manos incrustadas en la hierba, como estacas. La mira: el mentón elevado, los ojos untados bajo la frente: ella lo observa hacia arriba, oblicua. Ella extiende la mano para ofrecerle un regalo, Milly, Milly siempre, para ponerle un billete en la manga corta, ajustada, de su camisa, los dedos rozando su antebrazo. Avanza; ahora la encuentra blanca, sin zapatos, deshaciéndose de la ropa interior y dejando estar el vestido suelto, los pies arrugados por el agua, las piernas transparentes.

Más adelante toma por una bajada; a su lado, Milly:

—Vístete de griego.

Encuentra un chaleco, unas láminas. Improvisa una coraza.

—Quítate los zapatos.

Arroja los zapatos; va esbelto e invicto.

—¡Qué bonito sería tener unas zapatillas doradas!

Lleva pantalón de mezclilla, se pone unos zapatos de lona,

Miguel González Avelar

5.9 x 10²⁷

alados. Y sí, quiere ir vestido de griego.

Toma a Milly liviana: camina con ella en los brazos por el sendero en pendiente; llegan a unas ramas que vieron un día en el cerro (las nubes vistas boca arriba y los aviones inimitables, las ramas entre ellos; y tenían sueño al mediodía; como gatos, jugando soñolientos).

—Es de madera.

—Qué.

—El corazón. Es de madera.

—Sí...

—Suena todas las noches, cuando te apoyas y pones la oreja y duermes.

—¿De dónde?

—La traen del bosque. Es una madera muy fina. Color caoba. Es de caoba y le sacan tablillas, pedacitos cafés muy olorosos.

—Entonces es como una cajita.

—Que suena, pero es muy frágil. Necesita que la aplastes con tu oído para que no se despegue.

—Me gusta besarte los vellos del pecho. Son las raíces del corazón.

—Sí.

—Son las ramas; parece que abajo hay agua y corren las burbujas. No es como el de los gatos, corazón de juguete; pero no me deja dormir.

—Muévete.

—No.

—Duérmete.

La extiende y mira que duerme; ella respira cada vez menos y sonrío tierna, helada, fija en sus brazos.

Las hojas que ve caer las pega enlodadas sobre sus mejillas.

El día. La pesadumbre y el abrigo militar lo maniatan frente al pequeño valle iluminado. Lo que mira desde el terraplén y el principio de las lomas amanece solo, deshabitado. Apenas unos ruidos distantes delatan de alguna manera la presencia de la ciudad. También la casona se descubre blanca entre los árboles. Se ve como un cajón de madera pintado de cal. Trata de esclarecer el término de su sueño, de su estar dormido al iniciarse la noche anterior y el motivo que lo ha expulsado a vagar en la noche, en los campos adyacentes al río seco, la vía del ferrocarril y la casita del guardagujas. Y ahora, porque esto le está sucediendo ayer, se abriga un poco dentro del abrigo verde mientras se aleja más y más de aquella visión. Árboles y huertas desaparecen cuando ya lleva caminados varios tramos de la vía, cuando se da a caminar por debajo del terraplén rumbo al cerro porque allá arriba, en la punta del cerro, se está más cerca de los aviones.

Transcribo enseguida algunas notas que encontré en los papeles de Laura. Laura es una mujer laboriosa en extremo y aunque enemiga de homenajes, sorprende que no diera a estos apuntes una redacción definitiva; bien terminados le acarrearían sin duda su ingreso a la Academia, en plenitud de derechos como el más docto varón. Dicen así:

“31 de diciembre

He dudado varios días si un artículo filosófico o una disertación científica es la forma que contendrá mejor a mi hallazgo; pero advertida de que los hombres nos niegan capacidad para una y otra y todas las cosas, creo que ni siquiera se ocuparían en leerlos. Al final de cuentas creo que es mejor presentar un informe escrito de corrido y sin mayores pretensiones”.

“10 de enero

La masa de la tierra, se asegura, es del orden de 5.93 multiplicados por diez a la veintisiete gramos. Si desestimamos la muy pequeña diferencia que hay para cerrar la cantidad en 6 y agregamos luego los 27 ceros, obtenemos la decorosa magnitud de seis mil trillones de toneladas para la masa terrestre.

Este es el peso, nada menos, que el ingenioso Arquímedes se proponía pulsar cuando dijo: *dadme un punto de apoyo y moveré al mundo”*.

“10 de enero

La verdad es que Arquímedes no sabía en dónde tenía la cabeza cuando se propuso una empresa tan desproporcionada; y si con esta posibilidad fue más feliz aún que cuando el ¡eureka! se debe a que no midió realmente sus fuerzas o abandonó los cálculos correspondientes. Veamos si no: para elevar del suelo una tonelada a la altura de diez centímetros, sería preciso disponer de una palanca como de 10 metros y aplicar en su extremo una fuerza de 100 kilos, pero...”

“12 de febrero

Me felicito de poder pensar otra vez en el problema de Arquímedes. Hace un mes quedó establecido que tenía que mover —¿dónde dejé mis notas?— seis mil trillones de toneladas. Esto quiere decir que la pértiga que se necesita, suponiendo, claro, que sea absolutamente rígida y que no pese absolutamente nada, debe medir unos seis mil cuatrillones de kilómetros; luego tendría que aplicar en el lejanísimo extremo, más allá del sistema planetario, una fuerza como de 75 kilos”.